

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**HECHOS EXTRAORDINARIOS Y MILAGROSOS
DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Antecedentes y guerra civil (1936-1939).

Regina García.

Manuel Azaña.

El ángel rojo.

San Josemaría Escrivá de Balaguer.

San Manuel González.

Santa Maravillas de Jesús.

Beata Pilar Izquierdo.

Sor María de Jesús.

Famoso Cristo de Pedro de Mena.

Cristo de Medinaceli.

Las bombas del Pilar.

Carta colectiva de los obispos.

Milagro eucarístico.

Viva Cristo Rey.

Padre Fernando de Huidobro.

Diario de un capellán legionario.

El legionario y las 3 avemarías.

El Alcázar de Toledo.

Santuario de la Virgen de la Cabeza.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este librito queremos manifestar algunos hechos extraordinarios y en algunos auténticos milagros en los que Dios manifestó su poder durante los sucesos luctuosos de la Segunda República y la guerra civil española.

Veremos cómo el odio de los izquierdistas o rojos, como se les llamaba, fueran socialistas, comunistas, anarquistas..., se manifestó sobre todo quemando iglesias y objetos sagrados, robando lo que podían de las iglesias, dando así a las llamas y destrucción a muchas obras valiosas de arte. Y todo por odio a Dios y a la religión católica. Por eso, además de ridiculizar de todas las formas posibles las cosas sagradas y mofarse de ellas, se centraron especialmente en el asesinato de los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y también de muchos laicos buenos católicos.

Sin embargo, Dios a todos les dio valor para dar testimonio de la fe. No hay ningún documento fidedigno sobre apostasías y aunque las hubiera no serían más que casos aislados que pueden darse debido a la debilidad humana. Por otra parte, no se conoce ningún caso en que los futuros mártires murieran con odio y rebeldía contra Dios o maldiciendo a sus asesinos. Todos fueron unánimes en perdonarlos, lo que también fue norma general entre sus propios familiares. Y Dios se glorificó en sus vidas, llevándolos al cielo como atestiguan algunos santos que los vieron subir derechos sin pasar por el purgatorio, ya que la sangre de su martirio limpió totalmente su alma de todos sus errores y pecados pasados, estando arrepentidos a la hora de la muerte.

Otro detalle interesante es que, en la mayoría de los casos, se sabe que morían haciendo un acto de fe y gritando: *Viva Cristo Rey*, perdonando a sus verdugos.

De esta manera lo que parecía una derrota aplastante, se convertía en un premio maravilloso de cara a la eternidad. Actualmente, hay más de 2053 mártires beatificados y unos pocos ya canonizados, pero hay mil causas de canonización en camino. ¡Gloria a Dios!

ANTECEDENTES Y GUERRA CIVIL (1936-1939)

Podemos ver algunos antecedentes a los sucesos ocurridos durante la segunda República (1931) y durante la guerra civil (1936-1939) en lo sucedido en el siglo XIX. En 1834 había epidemia de cólera morbo y los izquierdistas extendieron el rumor de que todas las muertes que había no se debían a ninguna epidemia, sino al envenenamiento de las aguas por los curas y frailes. La gente se lo creyó y ese año y el siguiente fueron saqueados muchos conventos y asesinaron a decenas de religiosos y sacerdotes. En 1836 y 1837 tuvo lugar la famosa desamortización de los bienes eclesiásticos decretada por el ministro Mendizábal.

En 1873 se declara la primera República y la reina Isabel II debió huir a Francia. Y continuaron los saqueos e incendios de iglesias y conventos y el asesinato de las personas eclesiásticas. Precisamente, al comenzar la guerra civil, esparcieron la misma mentira, solo que en vez de hablar de aguas envenenadas, hablaban de que las religiosas habían dado a los niños pobres caramelos envenenados para que se murieran; y esto enardeció en un principio a la gente humilde contra todo lo sagrado.

Regina García, que durante la guerra civil fue jefe del Departamento de prensa y propaganda del Estado Mayor general comunista, con el grado de coronel, nos dice en su libro *Yo he sido marxista: El 4 de mayo de 1936 había circulado en Madrid el rumor de que las religiosas y las damas catequistas estaban repartiendo entre los niños de los obreros caramelos envenenados para destruir de este modo la simiente comunista y en represalia las turbas habían asaltado los conventos y cometido toda clase de crímenes dentro y fuera de ellos*¹.

Durante la guerra civil, los izquierdistas aprendieron de los comunistas rusos a usar checas para torturar a los detenidos, a veces con refinados métodos importados de la URSS y después procedían a un juicio sumario y a la ejecución de los detenidos. Los delitos para detenerlos eran tales como ser de derechas, monárquico, ir a misa o simplemente ser rico. Las prisiones de las zonas dominadas por los rojos se llenaron de presos políticos, algunos de cierto renombre como Ramiro de Maeztu, Pedro Muñoz Seca o Melquíades Álvarez, que había sido presidente del Congreso de los diputados durante el reinado de Alfonso XIII.

Pronto, para ahorrar personal y preocupaciones, decidieron evacuar las cárceles, es decir, eliminar a los presos. De la cárcel Modelo de Madrid había que

¹ Regina García, *Yo he sido marxista*, Madrid, 1946, p. 113.

evacuar a 1.000. De la de San Antón a otros 1.000. De la de Porlier algo más de 500. El 6 de noviembre de 1936 comenzó la matanza. Hicieron unas listas previamente confeccionadas por Ángel Galarza, ministro de Gobernación. Las órdenes eran simples y terminantes. Había que sacar a los presos indicados y llevarlos al paraje de Paracuellos del Jarama a las afueras de Madrid para allí fusilarlos. Paracuellos se convirtió en un inmenso cementerio, donde enterraron después de asesinarlos a más de 2.500 personas.

El odio de los rojos españoles llegó a profanar todos los templos que pudieron. Los incendiaron y rompieron las esculturas religiosas, muchas de gran valor artístico como la del Sagrado Corazón de Jesús del templo del Tibidabo de Barcelona, que fue fusilada el 25 de julio de 1936 y después le cortaron la cara y la mano derecha con un soplete y luego firmaron CNT-FAI (Confederación nacional de trabajadores- Federación anarquista ibérica).

También fue fusilado el monumento al Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los ángeles de Getafe (Madrid) el 28 de julio de 1936. Hay fotos sobre este fusilamiento y la posterior destrucción del monumento, como si quisieran hacer desaparecer de España a Jesucristo, el hombre-Dios, rey de reyes y Señor de los Señores, como dice el Apocalipsis.

Otro dato interesante es la suerte que corrieron los 5.000 niños españoles que fueron enviados a la URSS durante la guerra. Sus condiciones de vida cambiaron después de la derrota de los republicanos. En 1939 los maestros españoles de esos niños fueron acusados de trotskistas y el 60% fue detenido y encarcelado en la famosa cárcel de Moscú, la Lubianka, y el resto fue enviado a trabajar a las fábricas. Los niños corrieron una suerte poco envidiable. En 1941 la mitad de los niños estaban tuberculosos. Los adolescentes fueron a parar a los Urales y a Siberia central, donde formaron bandas de delincuentes y las chicas se prostituyeron. Algunos se suicidaron. De 5.000 niños, murieron 2.000. Del total solo 1.500 regresaron a España ².

REGINA GARCÍA

Regina García tuvo la oportunidad de salvar de la muerte a algunas personas del bando nacional. Dios la recompensó. Su hija pequeña se enfermó gravemente y en vez de mejorar iba empeorando. Nos dice: *Una noche la fiebre llegó a 41 grados. ¿Quién podría ayudarme? Pensé que Dios me castigaba ahora en la que yo más quería, en mi hijita que seguía debatiéndose con la fiebre y la enfermedad. Dios que existía y me hacía sentir su poder.*

² *El libro negro del comunismo*, Ed. Arzalia, Madrid, 2021, pp. 462-463.

Caí de rodillas y recé. Desde el fondo del corazón subían a mis labios las palabras aprendidas en la infancia: “Padre nuestro, que estás en los cielos”... De pronto, me di cuenta de que no tenía ninguna imagen ante la que orar. Yo quería un crucifijo. Sí, yo creía en Dios y necesitaba adorar la cruz y pedirle perdón por mis errores pasados; pedirle que no me castigase en la carne inocente de mi hijita y ofrecer la mía propia al castigo por cruel que fuese.

En puntillas, fui a la habitación de mi madre y la desperté: —¿Qué pasa? —me preguntó con sobresalto— ¿La niña? ¿Está peor?

—No lo sé, mamá; tiene mucha fiebre; pero no vengo por ella. Vengo a pedirte un crucifijo. Necesito rezar por mi hija.... y por mí. Mi madre se levantó de la cama, me abrazó llorando, fue a la cómoda donde guardaba sus cosas, y del fondo de un cajón sacó un crucifijo de madera incrustado de nácar, con la imagen del Redentor tallada finamente en marfil, valioso recuerdo de familia que mi madre estimaba mucho, y me lo entregó, diciendo, hecha un mar de lágrimas:

—Sabía que este momento había de llegar. El Señor escuchó mis súplicas. Tómalo y consérvalo toda la vida en recuerdo de este instante, el más grande de tu existencia. Recemos juntas, para que no vuelva a abandonarte la fe.

Juntas rezamos de hinojos. Mi alma subía a mis labios en la súplica emocionada. “Que no vuelva a dudar, Dios mío”, suplicaba mi madre entre sollozos. Y yo: “Señor, por mi hija y por mi fe, que no las pierda”.

Después, mi madre me dio una reliquia de la Madre Sacramento, una estatuilla del Sagrado Corazón de Jesús, un rosario y no sé cuántas cosas más. Con todo me volví a mi cuarto, colgué el crucifijo sobre la cama de mi hijita, guardé las medallas y reliquias en mi armario, y, con el rosario en la mano, pasé rezando el resto de la noche.

Encontraba tanto consuelo en rezar... Me parecía que alguien me escuchaba, que ya no estaba sola en mi pesar, que todo se arreglaría, porque Dios me admitía en su amor, como al hijo prodigo. La niña se fue calmando, la fiebre remitió, y a la mañana siguiente no se acordaba de nada de lo ocurrido en la noche, ni de su malestar.

Dios escuchó mis súplicas y yo me prometí a mí misma cambiar de vida, alejarme de los centros militares y políticos y dedicarme a una actividad civil ³.

³ García Regina, *Yo he sido marxista*, Madrid, 1946, p. 320.

MANUEL AZAÑA

En España la Compañía de Jesús quedó en situación de ilegalidad como consecuencia de la aplicación del artículo 26 de la Constitución de la Segunda República de 1931 (relativo al cuarto voto de obediencia al Papa). El 23 de enero de 1932 se ordenaba consiguientemente su disolución (decreto redactado por el presidente del gobierno Manuel Azaña y por el ministro de justicia Fernando de los Ríos). dando un plazo de diez días a los miembros de la Compañía de Jesús para abandonar la vida religiosa en común y someterse a la legislación. Expulsados los jesuitas de España, se incautaron de todos sus edificios y bienes.

Pero Dios se tomó la revancha por las buenas, ya que Dios es Padre y, a pesar de todos los desmanes de sus hijos, siempre está detrás de cada uno para que se arrepienta y rectifique sus errores como le ocurrió al mismísimo presidente del Gobierno de la República, Manuel Azaña. En 1939 huyó Francia donde enfermó gravemente.

El obispo de Montauban, Monseñor Théas, escribió en el boletín oficial del obispado que a Manuel Azaña Díaz le había administrado el sacramento de la penitencia (confesión) y la unción de los enfermos ⁴.

El obispo Théas escribió en 1940, al día siguiente de la muerte de Azaña, sobre lo sucedido. También escribió sobre este hecho en otro documento de 1952 y en otro de 1958 ⁵. En el documento de 1940 afirma que el expresidente le dijo: *Vuelva a visitarme todos los días. Y todos los días por la tarde iba a conversar un rato con él. Hablábamos de Revolución, de los asesinatos, de los incendios de las iglesias y conventos. Él me hablaba de la impotencia de un gobernante para contener a las multitudes desenfrenadas y detener el movimiento que se había desencadenado* (documento de 1958).

Un día, deseando conocer los sentimientos íntimos del enfermo, le presenté el crucifijo. Sus grandes ojos abiertos, enseguida humedecidos por las lágrimas, se fijaron largo rato en el Cristo crucificado. Seguidamente lo cogió de mis manos, lo acercó a sus labios, besándolo amorosamente por tres veces y exclamando cada vez: “Jesús, piedad, misericordia” (documento de 1958). En el documento de 1940 escribe el obispo: *El presidente manifestó sentimientos cristianos. Por sí mismo y repetidas veces besó con fervor el crucifijo que se le*

⁴ Sanz Agüero Marcos, *Manuel Azaña*, Ed. Círculo de amigos de la historia, Madrid, 1975, pp. 229-230.

⁵ Estos documentos se encuentran copiados por el padre Gabriel Verd en la revista *Razón y fe*, N° 1058, diciembre de 1986.

presentaba, pronunciando palabras como estas: “Dios mío, piedad, misericordia” (1940).

Continúa el obispo: *Este hombre tenía fe. Su primera educación cristiana no había sido inútil. Después de errores, olvidos y persecuciones, la fe de su infancia y de su juventud informaba de nuevo la conducta de los últimos días de su vida (1958).*

A la pregunta: *¿Desea usted el perdón de sus pecados? Respondió: Sí (1940). Recibió con plena lucidez el sacramento de la penitencia, que yo mismo le administré (1952).* En el documento de 1958 dice claramente el obispo: *Invité al enfermo al sacramento de la penitencia y lo recibió de muy buen grado (1958).*

Monseñor Théas, de la diócesis de Montauban en Francia, anota que los restos de Manuel Azaña descansan en el cementerio de Montauban bajo una cruz de bronce, como mandó su viuda. Los documentos donde están los detalles de su conversión están en el *bulletin catholique du diocese de Montauban* del 7 de noviembre de 1940, pp. 338-339. También están en una carta que escribió este obispo al padre Guichommerre en 1952 y en un documento del 31 de diciembre de 1958, publicado en el boletín oficial eclesiástico del obispado de Vich, tomo 111, N° 2520.

EL ÁNGEL ROJO

Así llamaron los nacionales en la guerra civil a Melchor Rodríguez, un hombre que pertenecía a la FAI (Federación anarquista ibérica). A pesar de ser anarquista, su vida se parece mucho a la de Oscar Schindler, que pertenecía al partido nazi y salvó a 1.200 judíos por tenerlos como trabajadores en sus fábricas, donde fabricaba utensilios de cocina y municiones. Este nazi, que era católico, aprovechó su pertenencia al partido nazi y su amistad con jefes nazis para tener muchos trabajadores y poder salvarlos de la muerte segura.

Melchor Rodríguez era anarquista, pero cuando fue nombrado el 10 de noviembre de 1936 como delegado especial de las prisiones de Madrid, trató de detener las sacas de presos que llevaban a ser fusilados a Paracuellos del Jarama. Al ver que no podía cumplir con su deseo, renunció a su cargo el día 14, pero retomó su puesto el 4 de diciembre, tras las protestas del cuerpo diplomático y del presidente del tribunal Supremo. Esta vez lo hizo con plenos poderes como delegado general de prisiones, nombrado por el entonces ministro de justicia del gobierno republicano.

Consiguió detener las sacas al precio de enfrentarse con algunos dirigentes comunistas, como los de la Junta de Madrid, controlada por los comunistas José Cazorla y Santiago Carrillo. Así obtuvo que los linchamientos se detuvieran y lo mismo las sacas. Como el frente de guerra estaba muy cerca de los barrios periféricos de Madrid, trasladaron a los presos a otras prisiones como la de Alicante y Alcalá de Henares. Como sus órdenes no eran cumplidas por todos, ya que algunos seguían fusilando presos, se ocupó personalmente de escoltar los convoyes, garantizando que los presos llegaran a su destino.

Algunas personas fueron rescatadas *in extremis* de la cárcel por el propio Melchor, cuando ya habían sido condenadas a muerte por un tribunal popular. Garantizaba que él y sus colaboradores se encargarían de aplicar la sentencia, cosa que muchas veces no ocurría para salvarles la vida. En algunas ocasiones proporcionó documentos con carnets a personas perseguidas y gestionó el traslado de algunos a embajadas como la de Finlandia o Rumania para garantizar su seguridad. En ocasiones proporcionó pasaportes, salvoconductos y transporte a Francia a familias en peligro de muerte y en una ocasión acompañó personalmente a los evadidos hasta Perpiñán (Francia).

En una ocasión la aviación nacional bombardeó Alcalá de Henares. Hubo un concentración de protesta y exigieron la apertura de las celdas de los presos. Rodríguez acudió a la cárcel y arriesgó su vida, enfrentándose a la turba que quería matar a los presos. Algunos de los salvados por él fueron figuras relevantes en el gobierno de Franco, como Agustín Muñoz Grandes, Valentín Galarza, Ramón Serrano Suñer, Mariano Gómez...

En otra ocasión, denunció al comunista José Cazorla por tener cárceles privadas ilegales, controladas por miembros de su partido comunista.. El 1 de marzo de 1937 fue destituido de su cargo y pasó a ocuparse de la oficina responsable de los cementerios de Madrid. Volvieron los antiguos excesos, pero no las sacas masivas. A pesar de que solo estuvo en el cargo tres meses, todos los autores coinciden que pudo salvar varios miles de personas. En los últimos días de la guerra, fue nombrado alcalde de Madrid, siendo el encargado de traspasar los poderes a los nacionales, cuando se rindió Madrid el 28 de marzo de 1939.

Cuando le preguntaron por qué había hecho esos actos de humanidad, respondió: *Cuando yo me encontraba en la cárcel antes de la guerra, pedí protección a los monárquicos, a los de derechas, a los republicanos; y me consideré obligado a hacer lo mismo que había defendido cuando yo mismo estuve recluido, es decir, salvar la vida de esas personas. A menudo me arriesgué a perder la propia vida. Muchas veces, en mi propio despacho, me apuntaron al pecho con el cañón de un revólver. Cuando regresé a Madrid después de haber salvado de la muerte a 1.532 presos de Alcalá, tuve que*

escuchar unos tremendos insultos y amenazas de jefes importantes que hasta me llegaron a acusar de fascista. Tuve posibilidad de huir de la zona republicana, pero no la aproveché. Pensé: ¿quién se ocupará de los 12.000 presos que había en las cinco cárceles de Madrid y de las 28 personas escondidas en mi casa y de muchas, muchas más? Solamente yo podía hacer esto. Ninguno de los rojos me prestó ayuda. Estaba sólo en este asunto.

Finalizada la guerra, fue detenido, pero fue absuelto y cumplió solamente cuatro años de cárcel. Algunos de los por él salvados, como el general Agustín Muñoz Grandes, dio buen testimonio a su favor. Siguió siendo miembro de la CNT. En 1947 fue detenido y condenado a un año y medio de prisión por introducir propaganda en la prisión de Alcalá. Murió en 1972. A su funeral acudieron personas de ideologías enfrentadas: anarquistas y falangistas. Fue enterrado en el cementerio de San Justo. Fue un hombre humano, que había dicho en varias ocasiones: *Uno puede morir por sus ideas, pero nunca matar por ellas.*

SAN JOSEMARÍA ESCRIBÁ DE BALAGUER

Es el fundador del Opus Dei y, al estallar la guerra civil, se encontraba en Madrid, pero al ver que la situación estaba en peligro, a pesar de cambiar varias veces de domicilio, decidió con un grupo de amigos y colaboradores huir a Francia. Al llegar a Barcelona, contrataron a un guía por dinero para que los hiciera llegar a Francia. Sin embargo, estando ya a medio camino, empezó a tener dudas de si para él era lo mejor llegar a Francia, dejando a muchos de sus colaboradores en España, expuestos a la muerte. Un día le pidió con insistencia a Dios que le diera a conocer si era lo correcto seguir adelante o era mejor regresar para animar a los que quedaban de la Obra en la España republicana. Al pedir esto, pensó en que la prueba podía ser una flor o un adorno de madera. En ese momento estaban en una iglesia abandonada. Él nos dice:

Miré por los mismos sitios por donde había mirado antes y encontré una rosa de madera estofada. Me puse muy contento y bendije a Dios que me daba (como respuesta su oración) ese consuelo ⁶.

A lo largo del camino celebró la misa en varios lugares. Tomás Alvira declaró: *La misa era dialogada. No olvidaré nunca aquellas misas. Por templo el bosque, el celebrante con el máximo recogimiento, muy despacio. Se le veía poner su alma entera y todo su amor en aquello que hacía y sobre todo en el*

⁶ Apuntes 1439 del 22 de diciembre de 1937.

momento de la consagración. Cientos de pájaros al despertar, cantaban sin cesar y ayudaban a dar encanto a las misas del Padre en el bosque de Rialp ⁷.

Antonio Dalmases manifestó: *El acto más emocionante del viaje fue la misa. Sobre una roca, arrodillado, casi tendido en el suelo, un sacerdote que viene con nosotros, dice la misa. No la reza como los otros sacerdotes de las iglesias. Sus palabras claras y sentidas se meten en el alma. Nunca he oído misa como esas, no sé si por las circunstancias o porque el celebrante es un santo* ⁸.

Pero el poder de Dios se manifestó, porque, si hubieran tardado unos días en salir de Madrid, hubieran perecido por el estallido de un proyectil en la misma habitación que habían alquilado en Madrid. Si se hubieran retrasado al salir de la pensión de Barcelona, los hubieran metido en prisión, ya que llegó la policía a hacer un registro. Llegaron a territorio de Andorra el 2 de diciembre de 1937, después de pasar mucho frío y hambre y mucho cansancio por las caminatas, pero fue algo providencial, porque, si la expedición se hubiera retrasado 24 horas, no hubieran podido llegar a Andorra por las fuertes nevadas que cayeron.

SAN MANUEL GONZÁLEZ

Don Manuel González era obispo de Málaga. Los anarquistas y comunistas, a partir del 14 de abril de 1931, día en que fue declarada la República, se dedicaron a incendiar iglesias. Quemaron el palacio episcopal de Málaga poco después de las doce de la noche. El obispo don Manuel con algunos de su familia y de sus servidores y algunas hermanas de la Cruz, huyeron del palacio después de consumir las hostias que quedaban en el sagrario. Se fueron al colegio de los maristas, que ya lo habían ellos desalojado. Se metieron en el sótano, pensando que allí podían pasar sin ser vistos y rezaban el rosario, cuando las turbas empezaron a gritar y empujar las puertas para echarlas abajo, el mismo obispo se decidió a salir a abrirles, esperando con serenidad el martirio.

Les abrió la puerta y les dijo: *¿Qué queréis? Aquí me tenéis, a vuestra nobleza me entrego.*

La estupefacción de la turba, al encontrarse con el prelado cuando menos lo esperaban, fue tremenda. La impresión produjo unos momentos de silencio absoluto por lo que las palabras del obispo resonaron perfectamente en medio de la calle. Repuestos de la sorpresa, alguno gritó: *Que muera el obispo. Viva la República*, sin embargo, uno de aquellos anarquistas que llevaba un manojo de

⁷ Tomás Alvira RHF, T-04373, p. 7.

⁸ Antonio Dalmases, RHF, T-08246.

cuerdas para amarrarlo, según el plan, declaró después que se le aflojaron las manos y no sabe lo que le pasó, pues no pudo ejecutar su plan.

El obispo, al ver que le dejaban salir, dijo: *Es que no estoy solo. Ahí está mi familia y las hermanas de la Cruz.*

Uno de los jefes le contestó: *Que salgan, que no les pasará nada.*

Al empezar a caminar por la calle, uno le agarró la esclavina de la sotana y, echándole la mano al cuello, le gritó, mirando el solideo: *¿Y eso, eso?* Le contestó: *¿Qué mal te he hecho yo?*

Algunos gritaron: *Si llega a estar disfrazado, lo hubiéramos linchado.* Otro le apuntó con la pistola y le dijo: *No te tiro porque voy a matar a una mujer que va detrás de ti*, refiriéndose a la hermana del obispo.

Otros dicen que este de la pistola llevaba un cuchillo y varios cordeles para cumplir el plan pensado de amarrarlo y hacer que presenciara los incendios de las iglesias.

Lo cierto de todo es que Dios lo protegió y pudo cobijarse en una casa y después huir hasta llegar a Gibraltar, donde fue acogido por el obispo del lugar. Allí pasó algunos meses y después, nombrado obispo de Palencia, llegó a la parte nacional para tomar posesión de su nueva sede, donde habían sucedido muchos destrozos e incendios de iglesias. Por eso, publicó una pastoral en la que escribió: *El robo sacrílego es una página negra o gran cantidad de páginas negras. Unas veces, movidos por la codicia del metal precioso, del vaso sagrado. Otras, las más, ardiendo en fuegos de demonios para saciar el odio personal contra Jesús. Cuántas manos han visto la luz temblorosa de la lámpara apagarse a la frágil puerta del tabernáculo y extraer de su interior el rico o pobre copón y después las hostias desparramadas por el altar y por el suelo y el copón escondido en el seno del ladrón o, al revés, las hostias cautelosamente guardadas y el copón tirado para dejar señal inequívoca que no se buscaba robar ni el oro ni la plata, sino al Jesús oculto y callado del copón.*

¡Qué pena tan amarga inunda el corazón cristiano, cuando se da cuenta de que a los veinte siglos de existencia infinitamente bienhechora de Jesús en la tierra, tiene la Iglesia, su guardadora, que redoblar y multiplicar las defensas de las pobres casitas que escogió para vivir en medio de cada grupo de hombres, porque todavía como los escribas y fariseos de Jerusalén, lo buscan para matarlo! ¿Qué clase de odio es ese que dura tantos siglos sin aplacarse y qué

clase de amor es aquel que no se cansa de vivir con los que le abandonan como si fuera un muerto o lo persiguen con odio a muerte? ⁹.

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

La carmelita descalza sor María Concepción refiere sobre la guerra civil:

Por entonces unos grupos de muchachos subían todos los días al Cerro por si atacaban el Monumento. Un grupo de “obreras” se quedaba rezando por las noches. Ella los atendía a todos y los cuidaba como a verdaderos hijos, los animaba, les sacaba algo para tomar; y a nosotras nos encomendaba que pidiésemos mucho por ellos. No mataron a ninguna de las “obreras”, pero sí a cinco de los chicos.

Nos exhortaba continuamente a la penitencia y, a juzgar por lo que nos dejaba hacer, ella debía de hacer muchísima —esto se me ha confirmado al leer cartas suyas al padre Torres—. A su lado vivíamos en un ambiente completamente sobrenatural.

Nuestras familias, que ya sabían que aquel verano iba a pasar algo, venían con frecuencia al Cerro a pedirnos insistentemente que nos marchásemos con ellos, diciéndonos que si nos quedábamos allí era seguro que nos matarían. Nuestra Madre nos decía que nos podíamos ir, que obrásemos con toda libertad; pero al mismo tiempo nos hablaba con tal fuerza de ser fieles al Señor hasta la muerte, etc., que ninguna dudó ni un momento en marcharse del convento. Esto le producía un gozo enorme, y se le notaba.

El alcalde de Getafe de aquella época era un anarquista tremendo que había estado bastante tiempo desterrado en Francia. Le llamaban el “Ruso”, y subía muchas tardes al Carmelo del Cerro a hablar con nuestra Madre en el locutorio. La apreciaba mucho, y ella decía que era por hablar francés con él. Este hombre ya nos había librado el 1 de mayo de 1936 de un asalto al convento, justo en el momento en que estaban subiendo por las tapias unos huelguistas revolucionarios. El “Ruso” le decía que estábamos muy mal allí, que teníamos mucho peligro, que nos fuéramos a un sitio más seguro. La sierva de Dios, con toda tranquilidad, le decía que no teníamos miedo, que estábamos defendidas por el Corazón de Jesús, y que, mientras Él estuviera en pie, no nos marcharíamos si no nos obligaban. Este mismo “Ruso” le dio el permiso para enterrar a la madre M^a Josefa en el cementerio del convento. Había muerto el 2 de julio y enterrarla en el convento era cosa que estaba completamente

⁹ Boletín del obispado de Palencia del 15 de septiembre de 1938.

prohibida por las leyes de entonces. El le dijo que tenía miedo de no poderlos defender ¹⁰.

Del Cerro tuvimos que huir a casa de la hermana de sor Pilar, que se llamaba Enriqueta Cárdenas. Era soltera y vivía sola con dos muchachas, así que el piso era tan pequeño que parecía imposible meternos allí veintiún monjas, pero aquí pasamos los catorce meses que permanecemos en Madrid, y además este pisito se convirtió en un centro de caridad en donde nuestra Madre recibía a todo el que no tenía dónde ir.

Uno de los peligros más sobresalientes que tuvimos que pasar, y donde más demostró su fortaleza y su bondad, fue el registro que nos hizo el jefe de una de las checas más famosas y temidas de Madrid, la del palacio del Duque de Tovar, en la calle de Génova. Este hombre, llamado Avelino Cabrejas, apareció en Claudio Coello el 6 de septiembre con dos camiones y varios coches y, por lo menos, diez hombres y dos mujeres, para llevarnos detenidas. Tenían acordonada toda la calle y ocupadas las dos escaleras, y nos esperaban en la checa. Nuestra Madre abrió la puerta a los milicianos. Iba vestida con un traje negro con cuello blanco y llevaba su crucifijo grande por fuera; al preguntar Cabrejas por las Carmelitas del Cerro de los Ángeles, ella contestó con una serenidad impresionante: “Sí, y yo soy la superiora”. Se quiso quedar solo con la sierva de Dios en el saloncito. Como tenía dos puertas de cristales, algunas de nosotras nos agolpamos en ellas, dispuestas a entrar en cualquier momento. Lo oíamos todo. Cabrejas se sentó a caballo en una silla frente a ella, apuntándole todo el tiempo con una pistola, y empezó a interrogarla sobre el dinero que teníamos y dónde. Nuestra Madre, con una tranquilidad pasmosa y como si estuviese hablando con una de nosotras, le iba contestando. Al cabo de un rato, él guardó la pistola y, dándole un golpecito en el hombro, le dijo: “Usted y yo no podremos reñir nunca”. Mientras tanto, los otros milicianos iban registrando toda la casa; varias monjas los acompañaron. Cabrejas salió con nuestra Madre y le dijo: “Cuánto sentiría encontrar algo que las pueda comprometer”. Ella le contestó: “Yo no le puedo decir...; como la casa no es nuestra...”. Cuando, sentado en el suelo, registraba este hombre el último armario, encontró un retrato grande del Rey Alfonso XIII; y tirándolo con furia, exclamó: “¡Éste tiene la culpa de todo!”.

Un miliciano que iba con la hermana Isabel, encontró un fajo de cartas del padre Torres, y las puso aparte como sospechosas. Al entrar en el cuarto nuestra Madre con Cabrejas, el miliciano le entregó a éste las cartas, y Cabrejas las tiró diciendo: “¡Bah, déjalas!”. Nuestra Madre respiró en su interior, porque en una de aquellas cartas el padre, desde Roma, escribía algo así: “He

¹⁰ López María Concepción, *Maravillas de Jesús*, Ed. Edibesa, Madrid, 2008, pp. 200-206.

celebrado la misa a las Infantas en las Catacumbas de San Calixto, y hemos hecho de conspiradores” —esto significaba que habían estado haciendo “castillos en el aire” sobre la manera de arreglar España—. Al acabar el registro, llamó Cabrejas por teléfono a la checa y les informó de que no se llevaba a ninguna porque “¡son unas infelices!”. Y lo mismo les dijo a los que vigilaban las escaleras. Una vez que se marcharon, todas fuimos a dar gracias a Dios, rezando Maitines, y no hubo más comentarios. Nos quedamos sin el Santísimo, que habíamos tenido que consumir al avisarnos la portera del registro.

Otro día vino Cabrejas. Esta vez con otro miliciano, su verdugo, según nos dijo. Hoy venía “en plan de amigo” a visitarnos, y para que viese el otro lo contentas que estábamos y cómo, sin tener nada, éramos tan felices. Nuestra Madre nos llamó a todas. Estuvimos en el saloncito con ellos —nosotras sentadas en el suelo—, como si fuese una “visita corriente”. Cabrejas nos preguntó con asombro: “¿No nos tienen miedo? Porque nosotros somos anarquistas de los auténticos”. La sierva de Dios, con toda tranquilidad y muy sonriente, le dijo: “Realmente, es como para tenérselo, pero como lo más que nos pueden hacer es quitarnos la vida, y ésa estamos deseando darla por Cristo...”. Entonces, volviéndose a nosotras, nos dijo: “Hermanas, canten eso del martirio”. Y les cantamos con toda el alma la siguiente copla que habíamos compuesto: “Si el martirio conseguimos, ¡qué mayor felicidad!: beber con Jesús el cáliz, y después con Él gozar. Y si Dios quisiera que muera en prisión, le diré que estoy presa sólo, sólo por su amor”. Desde entonces Cabrejas evitó que nos molestase nadie ¹¹.

BEATA PILAR IZQUIERDO (1906-1945)

Era una alma víctima, fundadora de una Congregación de religiosas, que estuvo ciega y parálitica de 1929 a 1939. Ella ofrecía sus sufrimientos por la salvación de los pecadores y en especial por España durante la guerra civil. Dios le concedió muchos dones sobrenaturales. Tenía el don del conocimiento sobrenatural, conocía muchas cosas por revelación de Dios.

Con el don de “ver” de lejos, orientaba a los familiares para que pudieran rescatar los cadáveres de los caídos en los frentes de batalla como a un hermano de Conchita Martínez Saz, Don Juan Carmelo Peláez, y un hijo de los señores de Peralta ¹².

¹¹ Ib. pp. 210-214.

¹² Sumario del Proceso de beatificación, p. 199.

Durante la guerra, desde su camita “veía” a las almas que ofendían al Señor con sus pecados y lloraba y nos decía que ofendían mucho y que lo ofreciéramos a su intención, porque ahora están cometiendo muchas cosas malas en las trincheras, y no sólo los que llaman rojos ¹³.

En esos tiempos, con tantos sufrimientos que tenía la gente, iban a pedirle oraciones por los familiares que tenían en el frente y sé que a algunos les decía que ya habían muerto o que estuvieran tranquilos que estaba bien en tal parte. Y ellos, comprobando que así era, volvían a darle las gracias ¹⁴.

SOR MÓNICA DE JESÚS

En la vida de sor Mónica de Jesús, agustina recoleta, se cuentan entre otras carismas el de bilocación.

En una oportunidad, su ángel la llevó al lugar del martirio de 31 personas en la guerra civil. Dice Adriana Rubio: *Mi hermano Baldomero murió con otras 30 personas que murieron ejecutadas en la carretera a Ibros. De los 31, once eran sacerdotes. Recuerdo que uno de ellos era Don Francisco Martínez, canónigo penitenciario de la catedral de Baeza. Algunos testigos pudieron presenciar que Don Francisco Martínez dirigió unas palabras a sus compañeros de martirio con el fin de prepararse todos a bien morir. Sus palabras fueron tan inspiradas por Dios que los rojos quisieron perdonarle la vida, pero él no aceptó el privilegio y prefirió seguir con sus compañeros de martirio. De estos martirizados, sor Mónica nos informó que todos se habían salvado y que, estando sus cuerpos aún calientes, ya estaban todos en la presencia del Señor. Tuvimos la impresión de que sor Mónica había presenciado el martirio ¹⁵.*

FAMOSO CRISTO DE PEDRO DE MENA

Estaba en la capilla de la iglesia de Santo Domingo de Málaga, fue quemado y solamente ha quedado para la historia una pierna y un pie, que fueron rescatados por dos devotos antes de que fueran quemados. Este es el Cristo que desde 1927 los legionarios honran con su devoción, porque lo consideran el Cristo de la Buena muerte. Pero observemos que Dios manifestó su poder en este

¹³ Ib. p. 200.

¹⁴ Purificación Millán en el Sumario, p. 427.

¹⁵ Sumario del Proceso de beatificación, p. 136.

acontecimiento para gloria de los creyentes y temor de los incrédulos. Veamos lo que nos dice el periódico *El castellano* de Toledo del 26 de agosto de 1931.

Recordarán nuestros lectores que en los vandálicos sucesos de mayo se destrozaron, entre otros objetos artísticos de valor, el famoso Cristo de Pedro de Mena. Pero lo que ignorarán, sin duda, es que, según leemos en un periódico de la región, el autor del sacrílego atentado ha quedado completamente ciego y se halla en el hospital donde los médicos no han podido apreciar mal físico alguno, por lo cual sigue en observación.

He aquí cómo se relata el hecho: En la quema de la iglesia en que se hallaba el famoso crucifijo, cuatro de los forajidos lo descolgaron del sitio que ocupaba y lo condujeron a la calle. Uno de ellos destrozó el divino rostro, y cada vez que después de esto intentaba darle nuevos golpes, retrocedía involuntariamente, movido por una fuerza desconocida.

Se dirigió a sus compañeros, diciéndoles: “Dadle la vuelta y ponédlo cara en tierra, pues parece que mira de una manera...”.

Lo hicieron así los compañeros, y aquel continuó su sacrílega destrucción, rompiéndole los brazos y después las piernas.

Terminada su incalificable obra, se dirigió a la taberna en donde hizo gala de su valentía hasta que, llegada la noche, salieron para sus casas. El que había destruido el crucifijo, al encontrarse en la calle, dijo:

—*¡Qué noche más oscura! ¡No se ve ni gota!*
—*¡Anda, este! Si está una noche clarísima, dice uno de ellos.*

Y no se habló más en el trayecto, quedándose aquel en su casa y siguiendo los otros a las suyas respectivas.

Se acostaron rendidos de su obra, y al siguiente día, como no se levantase el que destruyó la imagen, le llamó su madre y abriendo las ventanas, le dijo:

—*Levántate, que es tarde y está un hermoso día.*

Abrió los ojos el hijo; pero como no viese el hermoso día que le decía su madre, se sentó nervioso en el lecho, y después de restregarse los párpados fuertemente dijo:

No sé qué tengo en la vista. Se levantó más excitado aún diciéndole a su madre que lo llevara a la ventana, pues él no veía.

Le llevó esta, y mirando hacia el firmamento, preguntó convulso:

¿Dónde? ¿Dónde está el sol, que no lo veo? Y convencido de que no le veía, cayó en los brazos de la que le dio el ser, exclamando angustiosamente:

¡Madre mía, estoy ciego!

Por desgracia, es cierto, hijo mío. Y se confundieron en un largo y estrecho abrazo de amargura.

Otro suceso aparece publicado también en “El Castellano”, que lo reproduce del Correo de Tortosa, con fecha del 25 de julio de 1932, aparece la siguiente noticia publicada:

El hecho en sí encierra una importancia tan grande que durante algunos días fue el tema de todas las conversaciones en Málaga. El joven Taura, educado como cristiano de niño, abandonó la fe y fue uno de los incendiarios de iglesias.

Llegado el momento en que se desató la fiera humana de corazón y de sentimientos, fue uno de los más activos agentes, ya que figuró en las avanzadas, dirigiendo personalmente la profanación y quema de iglesias y 4 comunidades religiosas, que, como todo el mundo sabe, batió el récord de la más espantosa brutalidad.

Hace pocos meses este joven, de complexión robusta, se sintió repentinamente indispuerto, apareciendo en todo su cuerpo una gran ulceración, que hizo precisa la intervención médica. Fueron llamados tres médicos, cuyos nombres me reservo, ya que no es propicio darlos en estos momentos a la publicidad, para que se hicieran cargo del enfermo. Estos señores habían figurado en las avanzadas, y según mis noticias, siguen sosteniendo idénticas ideas; pero al notar que el paciente de referencia no mejoraba en su dolencia, sino todo lo contrario, desistieron de seguir tratando al enfermo, abandonándolo por no encontrar los medios en la ciencia para combatir aquel extraño mal. En esta situación tomaron acuerdos sus familiares, compuestos de su cristiana madre y hermana, de solicitar los servicios de un conocido médico, muy católico, el cual, conocedor hasta los más insignificantes pormenores, se personó en aquel hogar, haciéndose cargo de aquel cuerpo minado por su terrible dolencia.

No tardaron mucho tiempo en conocer los efectos de aquella acertada intervención. Tan pronto el enfermo se encontró en condiciones e iluminado por la gracia de Cristo, él mismo pidió le confesara un sacerdote, ¡un jesuita!, y se le

administraron los Santos Sacramentos, que recibió con un gran fervor y arrepentimiento de todos sus errores. Su gran herida empezó a cicatrizar, hasta que se concibieron esperanzas de poderlo salvar de las garras de la muerte. Pero he aquí que los tres mencionados médicos de extrema izquierda se enteran de aquel extraño cambio, y acuden presurosos a casa del enfermo, cuya puerta es franqueada por su hermana; pero al llegar a la cabecera de aquel que les había servido de instrumento hacía un año, había dejado de existir, después de haber reparado sus faltas, suceso que sorprendió a todos, dado que el enfermo había entrado en período de franca convalecencia.

Todo cuanto dejamos relatado no es a modo de cuento, sino la sinceridad de este caso, ocurrido en la que fue bella ciudad de Málaga, muy recientemente.

CRISTO DE MEDINACELI

La imagen del Cristo de Medinaceli era famosa porque había sido esculpida en el taller de Juan de Mesa en la primera mitad del siglo XVII. Fue llevada por los capuchinos al fuerte que las tropas españolas tenían en la ciudad marroquí de Mehdia, que fue apresada por los moros cuando en 1681 el rey Muley Ismail conquistó la ciudad. Fue profanada por los moros, y los monjes trinitarios la rescataron en 1682. Para el rescate el rey Muley Ismail pidió su peso en oro y según la tradición se produjo un gran milagro, ya que al pesarla en la balanza, siempre daba un peso correspondiente a 30 monedas de oro y así fue vendida a pesar del disgusto del rey moro.

Fue llevada la imagen a Madrid en 1682, donde estaba en 1936. Ocultaron la imagen, previendo la posible profanación. Fue encontrada por los rojos y la colocaron en un camión con intención de llevar esta imagen junto con muchos otros objetos de arte al extranjero para venderlos. De Madrid la llevaron a Valencia. En marzo de 1938,, ante el avance de las tropas nacionales, lo trasladaron con otros muchos objetos artísticos a Barcelona y de allí llevaron todo en ocho camiones a Ginebra. Allí llegó el 13 de febrero de 1939. Terminada la guerra, las nuevas autoridades lo pidieron a Ginebra y así pudieron encontrar al famoso Cristo de Medinaceli sano y salvo por haberlo tratado como objeto artístico con valor monetario. El 14 de mayo de 1939, después de ser rescatado, hizo su entrada triunfal en Madrid.

LAS BOMBAS DEL PILAR

Durante la guerra civil ocurrió un gran milagro en la basílica del Pilar de Zaragoza. El coronel Sandino ordenó al alférez Villa Ceballos bombardear y

destruir el templo del Pilar. Era el 3 de agosto de 1936. Una bomba cayó al río, otra en la puerta principal de entrada y otras dos cayeron sobre el techo de la basílica, pero ninguna de las cuatro estalló. Después del incidente, comprobaron que las cuatro estaban en perfecto estado y tuvieron que desactivarlas fuera de la ciudad. Estos hechos fueron publicados el mismo mes de agosto de 1936 por la revista *Aragón*, publicación del Sindicato de iniciativa y propaganda de Aragón. Revista fundada en 1925.

Este milagro dio lugar a una gran manifestación religiosa de todo Zaragoza con una solemne procesión. Hombres y mujeres, dice la revista, lloran y al llegar la manifestación a la plaza del Pilar el espectáculo es inenarrable; la muchedumbre es tan enorme que, a pesar de la amplitud del templo y de la plaza resulta insuficiente y los aplausos y vivas son tan atronadores que suben en fervorosa súplica como sonora columna al espacio, implorando protección para cuantos aman intensamente a España, pidiendo justicia ejemplar para quienes nos han ofendido con tan villano atentado.

En el interior de la basílica, están expuestas las dos bombas desactivadas que recuerdan este episodio. Se encuentran en uno de los pilares cercanos a la Santa Capilla, junto con las banderas hispanoamericanas de Méjico, Haití, Costa Rica, Perú y El Salvador.

CARTA COLECTIVA DE LOS OBISPOS

El episcopado español publicó una carta colectiva en 1937 donde trata de dar a conocer a todo el mundo la verdad de la guerra civil. En ella dicen: Contamos los mártires por millares, su testimonio es una esperanza para nuestra pobre patria, pero casi no hallaríamos en el martirologio romano una forma de martirio no usada por el comunismo, sin exceptuar la crucifixión; y en cambio hay formas nuevas de tormento que han consentido las sustancias y máquinas modernas.

El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo y en los centenares de crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines de Bilbao en que se blasfemaba sacrílegamente de la madre de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas en que se ridiculizaban los divinos misterios, en la reiterada profanación de las sagradas hostias, podemos adivinar el odio del infierno, encarnado en nuestros infelices comunistas. *Tenía jurado vengarme de ti, le decía uno de ellos al Señor encerrado en el sagrario; y disparó contra él diciendo: Ríndete a los rojos, ríndete al marxismo.*

Ha sido espantosa la profanación de las sagradas reliquias, han sido destrozados o quemados los cuerpos de san Narciso, san Pascual Bailón, la beata Beatriz de Silva, san Bernardo Calvó y otros. Las formas de profanación son inverosímiles y casi no se conciben sin influencia diabólica. Las campanas han sido destrozadas y fundidas. El culto absolutamente suprimido en todo el territorio comunista, si se exceptúa una pequeña porción del norte. Gran número de templos, entre ellos verdaderas joyas de arte han sido totalmente arrasados. Famosas imágenes de veneración secular han desaparecido para siempre, destruidas o quemadas ¹⁶.

MILAGRO EUCARÍSTICO

El 16 de julio de 1936, Clemente Díaz Arévalo, párroco de Moraleja de Enmedio, actualmente en la diócesis de Getafe, consagró varias formas para dar de comulgar al pueblo en la fiesta del Carmen. Con las que sobraron dio la comunión los días 17 y 18, cuando le obligaron a cerrar el templo.

El 21 de julio, permitiéndole que celebrara un funeral, aprovechó para sacar a escondidas las formas sobrantes. Guardó en un pequeño copón 24 formas por si tenía que dar la comunión a algún enfermo, pero, por los acontecimientos difíciles del comienzo de la guerra civil, tuvo que huir del pueblo y dejó encargadas a las Marías de los Sagrarios la custodia de las sagradas formas.

El pueblo se decidió a custodiarlas, adorarlas y defenderlas de cualquier sacrilegio y profanación. Desde entonces, permanecen incorruptas hasta hoy.

Las 24 hostias fueron escondidas en un copón, primero en casa de Hilaria Sánchez, esposa del secretario municipal, pensando que allí se encontrarían a salvo. Como no era infundado el temor a un registro, días después trasladaron el coponcito a casa de Felipa Rodríguez, que lo escondió en una cueva subterránea de la casa.

Unas dos semanas después se lo llevaron a la bodega de Isabel Zazo, una feligresa perteneciente a las Marías de los Sagrarios, donde el copón permaneció más de 70 días enterrado a 30 centímetros de profundidad.

A finales de octubre de 1936, las fuerzas republicanas ordenaron evacuar Moraleja de Enmedio y los vecinos obedecieron, no sin antes desenterrar el pequeño copón.

¹⁶ Jorge López Teulón, *Inspirados por Satanás*, Ed. San Román, Madrid, 2022, pp. 358-360.

Como había que evacuar el pueblo, buscaron otro lugar donde esconderlo: en lo alto de una viga, dentro de un roto que la propia viga tenía, en la bodega de la superficie. Cuando pudieron regresar a sus hogares, el coponcito continuaba donde lo habían escondido, aunque lo encontraron completamente oxidado. Ante el temor de que las sagradas formas hubieran sufrido algún daño, lo abrieron y vieron cómo las 24 formas originales estaban en perfecto estado de conservación. Las formas fueron trasladadas a otro lugar de la casa y quedaron vigiladas por las mujeres del pueblo.

Quince días más tarde el pueblo fue liberado y llegaron a Moraleja dos sacerdotes, capellanes castrenses de un tercio de requetés, quienes, informados de la existencia de este prodigio, llevaron las formas en procesión desde la casa hasta la escuela. Celebraron la misa y comulgaron con dos de ellas, comprobando que su sabor seguía siendo bueno cuatro meses después de su consagración. Las hostias se conservan incorruptas en la actualidad.

VIVA CRISTO REY

Una de las cosas más llamativas y reales que es como línea conductora de la persecución religiosa en España durante la guerra civil de 1936-1939 fue el hecho de que no hay ninguna documentación fidedigna de casos de apostasía. Y por otra parte que todos los asesinados murieron perdonando a sus enemigos y la mayoría gritando *Viva Cristo Rey*, como si este fuera el grito de guerra de los perseguidos ante la violencia y blasfemias de sus enemigos.

Un caso concreto fue el de los monjes benedictinos del monasterio del Pueyo, que murieron mártires en la madrugada del 28 de agosto de 1936. Fueron en total 15, aunque tres lo hicieron en otra fecha. Las blasfemias de los milicianos nada pudieron contra los vivos y las alabanzas de los monjes, como lo han testificado muchos vecinos de Barbastro, ni tampoco los terribles culatazos de fusil que comenzaron a propinarles y que llegaron a romper los dientes de algunos y a herirles duramente en la cabeza. Ellos gritaban *Viva Cristo Rey, Viva la Virgen del Pueyo*.

También murieron 13 escolapios y 41 claretianos, perdonando y gritando *Viva Cristo Rey*, lo que no deja de ser admirable en tantos y tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos españoles, que dieron su vida por amor a Dios y a su patria sin odio ni violencia.

PADRE FERNANDO DE HUIDOBRO

También es admirable el caso del padre Fernando de Huidobro, que como capellán de la Legión, fue un ejemplo de vida. Al igual que otros capellanes, su trabajo era consolar a unos y a otros hablarles de Dios, asistir a los presos que iban a ajusticiar y atender a los soldados, concretamente de la cuarta Bandera de la legión, donde estaba destinado. Procuraba ayudarles en todo lo que podía. Todo lo que le regalaban lo entregaba a quien veía más necesitado, fuera un capote, una manta o algún utensilio útil.

Normalmente celebraba la misa todos los días y llevaba en su pecho una cajita con Jesús Eucaristía. Atendía especialmente a los heridos y moribundos, administrándoles la santa unción, confesándolos y aconsejándoles que besaran el crucifijo que siempre tenía al pecho. Y esto no solo lo hacía con los soldados nacionales. Si veía caído y herido a algún soldado rojo, igualmente iba a atenderlo, aconsejándole confesarse o al menos dándoles la absolución antes de morir y dándoles a besar su crucifijo. Y conseguía que muchos de estos soldados de izquierda se confesaran y se arrepintieran en los últimos momentos.

Por eso no aceptaba que mataran a los prisioneros rojos sin juicio previo y llegó al punto de denunciar esta práctica en algunos legionarios al Alto Mando, consiguiendo así la salvación de algunos de estos soldados que, de otro modo, hubieran sido ejecutados sin compasión.

Entre sus escritos al Alto Mando, uno se tituló: *Sobre la aplicación de la pena de muerte en las actuales circunstancias* y el otro *Normas de conciencia*. En ellos escribía: *Mientras se desarrolla el combate, se puede matar al enemigo, dado que la guerra sea justa, pero una vez depuestas las armas, no se puede fusilar a nadie sin antes juzgarlo. ¿Cuántos prisioneros rojos pudo salvar así con sus palabras y, sobre todo, con su presencia? Solo Dios lo sabe.*

Cuando había combate, él estaba en primera línea para atender mejor a los heridos. Era heroico en su proceder, mortificado en su persona, sacrificado en su servicio. Y Dios lo protegía en sus acciones, porque hubo muchas ocasiones en que salvó su vida por milagro de Dios hasta el día en que Dios decidió llevárselo para aceptar el ofrecimiento, que había hecho de su vida.

Cuando había muchos heridos, él mismo hacía de camillero. Nunca quiso llevar pistola como le aconsejaron. Él decía: *Yo he venido, no a matar, sino a salvar almas*. Un día vio un herido que estaba en un lugar sin que nadie se decidiera a recogerle por ser un lugar muy batido por los proyectiles. Él, arrastrándose por el suelo, llegó, lo cargó sobre sus hombros y tras una marcha penosísima lo condujo al botiquín de urgencia y allí lo auxilió ¹⁷.

¹⁷ Peiró Francisco, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1951, p. 217.

Otro día después de tomar un pueblo, sentenciaron a muerte a un rojo que había cometido asesinatos. El padre Huidobro acudió a él y lo animó a confesarse. Después de fusilarlo, se quedó un rato con él y un oficial, rezando por el muerto. Pasó por allí un falangista y, al ver su cadáver, empezó a mofarse de él y le dio una patada. El padre no se pudo contener y le gritó: *El frente está a diez kilómetros. Si quieres insultar y pegar a los rojos, te vas al frente.* El oficial le dice: *Siento que me lo haya quitado usted, porque iba yo a cruzarle la cara.*

Otro día, en el avance rápido de Talavera a Madrid, en un asalto a las trincheras enemigas, quedó un rojo completamente al descubierto. El capellán lo vio y les gritó a los legionarios que no disparasen. Dio un salto y se abrazó al espantado muchacho, que no comprendía quién podía abrazarle en aquel sitio de muerte. Los soldados tuvieron tiempo apenas para bajar los fusiles. No se olvidará fácilmente este muchacho, mientras le dure la vida, de aquel abrazo de un capellán que le salvó la vida de morir en una trinchera roja ¹⁸.

El general Vierna refiere: *Al entrar la cuarta Bandera en el pueblo de Cazalegas de Toledo, fui testigo de una acción del capellán. En una calle del pueblo, en el suelo, yacía herido grave un enemigo con el vientre destrozado por una bomba de mano. El padre Huidobro de rodillas sostenía con el brazo la cabeza del moribundo y le hablaba. El herido tenía en sus manos el crucifijo del padre y su mirada era un poema de gratitud* ¹⁹.

El mismo general manifestó: *Antes de sus actuaciones en la Bandera la indiferencia religiosa o algo peor era la tónica de la legión, pero después de la acción de nuestro capellán el cambio fue muy grande y notorio como se refleja en el hecho de que era frecuente ver largas colas de legionarios que aguardaban turno para confesarse y que después se relevaban para recibir la comunión* ²⁰.

Y lo más grande fue el hecho bien documentado de que había ofrecido al Señor su propia vida por la salvación eterna de sus legionarios. A él pueden aplicarse las palabras del poeta: *De los que mueren, dándonos ejemplo, las tumbas, no son tumbas, son un templo.*

En carta al padre Gómez Acebo le dice: *Mientras yo estaba bien cuidado en la cama (había sido herido en la pierna) iban llegando noticias de bajas entre los legionarios, de este y de aquel por quienes yo por su salvación eterna tenía ofrecida a Dios mi vida* ²¹.

¹⁸ Ib. p. 224.

¹⁹ Ib. en el prólogo.

²⁰ Peiró Francisco, o.c., p. 215.

²¹ Ib. p. 236.

A su hermano Ignacio le escribe: *Estoy con un presentimiento de que la próxima herida será mortal* ²². En otra carta a sor Purificación Palanca le dice: *Yo tengo el presentimiento de que he de morir en esta guerra* ²³.

El 11 de abril de 1937 murió, cuando un proyectil de artillería hizo explosión en el interior del puesto de socorro donde se encontraba, atendiendo a los heridos. Fue enterrado en el cementerio de Boadilla . El 6 de noviembre de 1943 sus restos fueron trasladados al cementerio del noviciado de los jesuitas de Aranjuez. El 8 de enero de 2021 se reanudó su Causa de beatificación. Y esperamos que pronto tengamos un santo, al que puedan nombrar como patrón de la legión. Dios aceptó el ofrecimiento de su vida por sus legionarios y manifestó su agrado, llevándose a los 34 años, cuando tenía, humanamente hablando, un gran porvenir, ya que era doctor en filosofía y había demostrado a lo largo de sus años de estudios que era una mente brillante, teniendo siempre el primer puesto entre todos sus compañeros.

DIARIO DE UN CAPELLÁN LEGIONARIO

El padre José Caballero, jesuita y capellán legionario durante la guerra civil, recuerda: *Un día me incliné sobre uno de los heridos más graves. Era navarro, hombre recio y moreno. Le pregunté cómo estaba, si quería algo, y con voz muy firme me contestó: “Tranquilo páter, cumplí como español y católico, ahora espero que me llame Dios* ²⁴.

Todos los días que podía, celebraba la misa para aquellos hombres que sabían que podían morir en cualquier momento. Igualmente, los confesaba y asistían a misa con fervor y comulgaban con fe. Por supuesto que no faltaron algunos disgustos por algunos que se pasaron a las filas de los rojos, al igual que otros se pasaban de los rojos a sus posiciones. En algunas ocasiones, tuvo que corregir seriamente a los que por costumbre seguían blasfemando.

El 14 de agosto de 1936, refiere: *Visito los puestos y rezo con ellos el rosario, pues es la víspera de la Virgen. Nos caen en medio cuatro granadas, pero no explota ninguna. Reprendo a voz en cuello a un compañero que blasfema por costumbre ¿Ni siquiera temes a Dios, estando en un peligro tan grande? Se avergüenza y se arrepiente en público.*

²² Ib. p. 237.

²³ Ib. p. 242.

²⁴ José Caballero, *Diario de campaña de un capellán legionario*, Ed. Almuzara, 2019, p.16.

21 de agosto de 1936: *Me acerco a uno que esta grave y ciego por la metralla. Al decirle quién era yo, reacciona muy emocionado. Me hace buscar en su chaqueta un crucifijo pequeño que lleva muy oculto y disimulado y un papel con su dirección: "Si pudiera usted darle a mi madre la noticia de que he muerto asistido por un sacerdote"... ¡Cómo repetía la jaculatoria, invocando al Sagrado Corazón y a la Virgen, que le había enseñado su madre! Se llamaba Carlos García. Tenía 18 años.*

Ese mismo día trajeron varios muertos y heridos enemigos. Al recoger yo la documentación y papeles de los cadáveres rojos del intento de asalto, sobre el pecho de un joven valenciano, leo cartas feroces de su madre, azuzándole a matar fascistas y animándolo para cuando regrese a tomarles fincas y casas y que conserve siempre vivo el odio a los curas sin dejar uno vivo .

23 de agosto: *Recojo la granada del otro día que cayó a mis pies y no explotó. Eso me pasó varias veces y algunos empezaron a llamarme el invulnerable, como si la metralla no pudiera hacerme nada.*

El 24 de agosto se pasan a nuestras filas 12 guardias civiles. El 26 se pasan otros siete. El 27 estábamos rezando el rosario y se presenta uno que se había quedado dormido al lado de su pieza. A los pocos minutos, un cañonazo, precisamente en el sitio que ocupaba. Todos emocionados.

7 de septiembre 1936: *Un pelotón, con gran riesgo y valentía, sale a tomar una ametralladora que resulta de fabricación rusa. Un soldado muy impresionado me enseña su cartuchera donde dos balas entrecruzadas han quedado formando una cruz y no le han herido.*

El 9 dos soldados traen a un rojo despistado que había ido a por agua. Es de Madrid, tiene 19 años, lleva un mes en el frente. No sabe nada, solo le han dicho que toda España es roja menos esta sierra. Al día siguiente, se llevan al prisionero de ayer al Estado Mayor. Al despedirse besó con devoción mi crucifijo, que siempre llevo patente sobre el pecho. Tengo fiebre y hemorragia por la colitis. Todo el día estoy a leche. Me obligan a evacuar. Voy tiritando de fiebre entre llovizna y tiroteo constante.

30 de septiembre: *Hoy he tenido una alegría. Me han dicho que en varios puestos, por iniciativa propia, para borrar la costumbre que con la República se había extendido de la blasfemia imponen ellos mismos un turno de dos horas de vigilancia, si reinciden después de la primera advertencia. Ese mismo día celebros la misa con muchas confesiones y comuniones. El 3 de octubre reparto por los parapetos catecismos y libros piadosos (otros días repartió estampas y*

detentes). *Ansían leer. Notan el vacío de estos últimos años de ateísmo oficial y rezo el rosario con bastantes.*

El 10 de octubre: *Al anochecer me pasan ráfagas rasantes. Me han visto. Un obús vine directo, cae a mis pies, pero no explota. Confieso a varios que voy encontrando y les doy estampas. Me lo agradecen. El 25 de octubre unos falangistas han destrozado el blindado rojo. Dos muertos y varios heridos. Espectáculo impresionante de valor patriótico y religioso. Aun los más graves, gritando: “Viva Cristo Rey, arriba España”. El 30 de octubre se pasa a nosotros un sanitario. Le impresiona el contraste con su ambiente de blasfemias, odio y lujuria.*

El 2 de noviembre tengo frío y bronquitis. Voy a artillería tiritando de fiebre, me abrigo y tomo algo caliente. El 3 gritos desaforados de los rojos: *No pasarán, no pasarán.* Con abundantes vivas a Rusia y a Lenin, entre mueras a España.

El 14 de noviembre. *En un recodo me cae un mortero que me oculta por el polvo: “Le han dado, oigo que chillan”. No pasó nada. Allí mismo no hace mucho cayó otro de un mortero parecido. Siguen creídos que repelo las balas, que soy invulnerable o algo parecido. El 26 me encuentro un herido de San Sebastián con herida muy grave en el pecho, pero no parece mortal por haberse interpuesto una medalla de la Inmaculada. Sentimientos de gratitud y devoción.*

8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada. *De pronto se disipa la niebla y se asoma el famoso tren blindado. Debieron creer que yo era una aparición o Dios hizo el milagro de salvarme. No me dispararon, quizá por asombro o perplejidad. Lo cierto es que hoy me ha salvado la Virgen en su fiesta.*

30 de diciembre de 1936. *Sobre las dos me entero de que hay un herido grave en medio de la pasarela. Salgo corriendo. Al llegar al sitio batido me chillan de la otra orilla, que no se puede pasar por estar muy batido. “¿Quién lo ha prohibido?”. “Es que tiran mucho y a tiro hecho”. Está completamente al descubierto. No puedo dudar como sacerdote: salto, y me voy a por el herido que han dejado. Puedo administrarle los sacramentos. Todavía tiene pulso, aunque no puede hablar. Al ver que los demás se iban, había pedido que fuera el páter. Termino mi trabajo, cojo un extremo de la camilla y, aunque bien veo el riesgo, grito pidiendo un voluntario que me ayude. Llegan dos camilleros corriendo y pasamos sin novedad, orientándoles yo para esquivar las ráfagas de ametralladora. Con emoción todavía, los animo, agradecido, a no vacilar en este servicio de caridad heroica que es propia de Sanidad en el frente. Besan mi crucifijo. Me consuela poder juntar el ejemplo de las obras a las lecciones del sacerdote. Murió a las tres, antes de poderlo evacuar. Murió con expresión*

impresionante de paz. Llevaba el escapulario y otros objetos piadosos. Los he de enviar a su familia, como acostumbro. Llega un legionario herido en la cabeza, muy grave, herido al pasar aquella misma pasarela, después de nosotros. Le doy la absolución. Va aumentando el cañoneo como pocas veces. Llega otro legionario, de Budapest, que se había dejado los zapatos en el barro del camino. Muy católico, recibe agradecido las estampas que le doy y entiende mi mal chapurreo del alemán.

El 23 de enero de 1937. El conductor del blindado ha quedado grave al alcanzarle un antitanque en la terrible “curva de la muerte”. Hay orden de que nadie vaya, pues ya ha habido varios heridos por intentarlo. Está enfilado y sin defensa. Se trata de José María Ruiz, aquel legionario aragonés que, al perder una pierna, consiguió este puesto tan peligroso. El sanitario que me da estos datos está también herido de cuando intentó auxiliarlo. Supone que ya estará muerto, pues le siguen batiendo. Tomo una decisión instantánea, consciente: esperar a la noche es dar por segura su muerte sin sacramentos. Voy. Quiero hacer lo posible por llegar siquiera hasta él. Confío en Dios, en mi vocación sacerdotal, en mi experiencia y en mi delgadez, que ya me han librado otras veces. Además, llevo conmigo al Señor, por quien me arriesgo. Procuro desviar la curiosidad de quienes me observan. Me cuelo hacia la cuneta para intentar pasar por debajo, por una alcantarilla que hay allí. Llego, me meto. Es un desagüe estrechísimo, medio roto; apenas me deja avanzar serpenteando, sin ver la salida, casi ahogado. Logro atravesarlo. Allí estaba el blindado, rodeado de casquillos de antitanque. Lo enfilan desde muy cerca. Doy un salto, entro, le digo quién soy, le repito al oído el acto de contrición. Le doy la santa unción, con indulgencia plenaria. Todavía tiene algo de pulso. Intento moverlo, pero imposible por su peso inerte. En ese momento, un golpetazo seco: un cañonazo da en la torreta y me clava algunos casquillos en la espalda. Un humo asfixiante llena el interior del carro. Intento sacarlo. Tal vez lo pueda salvar...

Los que me observan desde el otro lado creen que estoy herido e intentan venir por mí, Los contengo, a gritos, ante el gran peligro. Les hago entender que no estoy herido, que no ha sido nada. No logro mover al legionario. Necesitaría poderlo bajar para que pudiesen venir otros. Siguen tirándome. Se llena el interior de casquillos y gases. Veo la urgencia de salir. Me están esperando. Al asomarme, me disparan varias ametralladoras. No sé cómo, pero de dos saltos logro llegar al puesto, salvo. Me reciben con un entusiasmo que no merezco. Me coge el médico por su cuenta. Tengo huellas del castañazo, y alguna quemadura en las paletillas, pero con poco dolor. Me meto en un rincón, bien abrigado; pero no me dejan en paz un momento, exagerando a cual más lo que he hecho.

En cuanto me repongo de la emoción, salgo como huyendo de los curiosos, a visitar a los de la Victoria, en la posición de Casa de Vacas. Rato de

expansión, No suelto prenda de lo sucedido. Me piden misa de comunión para mañana domingo.

Resulta que el mando me vio desde Arquitectura, pues en línea recta está a poca distancia. Dieron por muerto al que se atrevió a dar el salto, pues veían lo cerquísima que estaban los rojos acechando. Se acababan de enterar que fui yo, y ¡menudo jaleo! El comandante Barbasán, en su puesto de mando, me felicita en nombre del teniente coronel y propio. Luego, por la noche, viene el capitán Velasco, pues ya había corrido la noticia como algo para el parte de guerra del día de hoy. Me dicen que van a pedir una recompensa en forma reglamentaria.

Por la noche traen el cadáver. Con emoción veo la expresión de paz de su rostro, todo cambiado de cuando le dejé moribundo. Era impresionante ver la brecha enorme en el costado, dejando patente el corazón. Recordé lo que debió ser la lanzada al Señor, contemplada por su Madre y san Juan. ¿Qué mayor recompensa, para un sacerdote, que ese rostro lleno de paz?...

El 20 de febrero de 1937 intentan el asalto durante toda la mañana, Siguen cayendo legionarios. El alférez Peña, con el vientre destrozado. El comandante tiene que irle a sustituir al teniente coronel y queda en su lugar el capitán Pérez de la 39 Compañía. Avisan de que hay varios heridos sin poderlos recoger, por estar ya enfilados por una ametralladora roja muy cercana. Me acerco enseguida a ver si puedo ir a administrarlos. Ante el peligro evidente, advierto a mi asistente que si no vuelvo, avise al capitán. Me arrastro, llego, veo tres heridas muy graves; somos blanco de tiros directos. Me arrodillo y doy los sacramentos a los tres. De pronto, dos balazos de ráfaga de ametralladora me atraviesan ambos brazos, pero dejándome movimiento. Al intentar incorporarme, una bala explosiva me derriba y deshace todo lo que llevo, pero... sólo una rozadura en la estola, sobre la bolsa del Santísimo, pero ésta ¡intacta! En cambio, el crucifijo y el bloc de mi diario, con casquillos de la explosión. Emoción como jamás, palpando la protección divina. Siguen tirándome. Destrozan la cabeza de uno de los heridos a mi lado.

Los legionarios que me ven están que echan chispas y se disponen a saltar y a venirme a buscar. Les pido que no lo hagan, pues serían blanco fácil y seguro de los rojos. “Echadme una cuerda, veré si me puedo asir, y tirad”. Me han obedecido a regañadientes. No sé lo que pasó, ni me lo explico. Con los brazos heridos, pude agarrarme a la cuerda y ellos pudieron arrastrarme, y los rojos, no sé por qué, me seguían disparando. Yo oía los disparos al lado mío, pero no me dieron. Eso es todo. No sé más que escribir. No sé cómo esquivé la fusilería enemiga. ¡Dios, al que llevaba sobre mi pecho!

Y después, una historia de desilusiones. Una primera cura. Y allí, esperando la evacuación de la noche, asistiendo a los que puedo. Ha sido una providencia o un milagro, es lo mismo. Cierto que Dios estaba conmigo. Lo malo es que me dicen que tengo que alejarme del frente, que he de dejar a mis legionarios, que he de ir a un hospital. Y, peor, esperar allí la curación. Van llegando heridos. El tanque y las brigadas internacionales siguen allí enraizados, lanzando impunemente sus disparos sobre nuestra posición y hay nuevos heridos. Mi última petición es que luchen todos contra la blasfemia, y así me lo prometen el capitán y los oficiales.

El camino hasta la ambulancia y luego hasta el puesto de socorro de Pinto, muy penoso, sin una gota de agua desde la mañana. Empiezo a convencerme de que soy un herido más. De que tengo que abandonar a los que seguirán muriendo. En Pinto, mientras espero el turno, al abrirse la puerta de lo que hace de quirófano, un pobre herido, todavía anestesiado, ¡sin brazos ni piernas! Me hago llevar hasta el alférez Peña, gravísimo, y le confieso. Aprovecho la ocasión, y le doy la absolución, con mis dos brazos vendados. La herida del brazo derecho gotea todavía. En Griñón me atienden el capellán y el capitán Escudero. Por fin, de madrugada, en una camioneta de requetés heridos, verdaderos héroes de Cristo Rey, a Toledo, al hospital del Colegio de Doncellas. Y malamente puedo escribir, con cierta . nostalgia, la historia del día de hoy.

El 1 de marzo de doctor Ley me da de alta, con la condición que me siga curando las heridas de forma ambulatoria en mi puesto de socorro. Pero me sentía con fiebre urticaria y hablaban ya de evacuar me de nuevo. Al día siguiente empieza a desaparecer la urticaria dichosa.

El 7 de marzo hay varios cadáveres rojos entre las dos líneas y nos preparamos para ir esta noche a enterrarlos. Son también hermanos. Al día siguiente, antes del amanecer, vamos a enterrarlos. Llevamos caretas antigás; pues, aunque hace frío, ya empiezan a descomponerse. Según su documentación, casi todos son ingleses. Son unos 20. Recogemos la documentación y demás papeles. Me enfado con uno que trata de arrastrar un cadáver con el pico. Pido un voluntario y lo cogemos con respeto en silencio impresionante. Me imitan los demás. Al acabar, les invito a rezar a todos un padrenuestro por ellos.

El 23 de marzo 1937 traen a uno que iba a desertar. Me pide que lo confiese y me deja impresionado por su disposición, aunque no sabía todavía su sentencia. La ejecución del desertor, aunque cristianamente preparado, lo hacen después de degradarlo de su distintivo legionario ante los otros. Le ayudo a subir a la trinchera. Tiembla, lleva las manos sueltas. Besa una y otra vez mi crucifijo. Le doy la santa unción y rezamos todos juntos un padrenuestro que los emociona.

El 25 de marzo se me quedan las piernas rígidas y con calambres. Al día siguiente tengo fuertes vómitos. Tomo algo caliente y me alivia. El 3 de abril matan a un joven soldado que iba a hacer su primera comunión. Y me dan una buena noticia. Uno a quien iban a fusilar por desertar, pidió a su capitán que le diera la oportunidad de probar su buena disposición y que le pusiera en el sitio de mayor peligro y se portó tan heroicamente que mereció ser citado como distinguido y ascendido a cabo en la misma trinchera. Así salvó también su vida.

El 30 de octubre de 1937 me entero que ha quedado un herido a la vista de los rojos y parece imposible de evacuar. Corro a ver si puedo. Por el túnel o alcantarilla, más estrecha que la de la “curva de la muerte”, donde me metí hace un año, lo intento; pero imposible. No dudo. He de hacer algo. Intento con rapidez sorprender al rojo del Puesto en Farmacia; salto hasta el herido. Lo asisto ya moribundo. Me tiran desde varios lados, me perforan por sitios inverosímiles la guerrera, por la cintura, por las mangas, etc. Los legionarios veo que quieren saltar. Se lo prohíbo a gritos: “No estoy herido”. Ellos no se lo creen. Puedo volver, por fin, entre un chaparrón de balas. Admiración en todos y emoción en mi interior. Fue algo rayano en lo milagroso. No salgo de mi asombro al palpar toda esta serie de agujeros de las balas. Al querer dar gracias a Dios por esta nueva prueba de su condición, caigo en la cuenta de que, a esta misma hora, en la función eucarística, están orando nuestros hermanos por nosotros. ¡Ahí está la explicación! ¡Es el poder insospechado de la oración! Recuerdo mis primeras misas, en 1931, ante el sepulcro de san Alonso Rodríguez, donde también mi madre y mi familia pedirá por mí a estas horas.

La cosa fue bastante más complicada. Ya en el sitio del herido, al descubierto, sin amparo ni defensa posible, sentí el escalofrío del peligro, casi como aquel 20 de febrero. Impresión imborrable al verme junto a él, ya moribundo, que me oyó y dio señales de vida antes de absolverle. Le llegó otro tiro en la cabeza, y murió. No me resigno a dejarlo y ato el cadáver con una correa que me echan desde la trinchera; me retiro rápido, y después, entre todos, tiramos y lo redimimos. Me tengo que escabullir, pues me miran casi con superstición. Me felicita personalmente el jefe del sector, coronel Ríos Capapé. Y, por supuesto, todos los demás. No hay para tanto. He cumplido. He sido lo que tenía que ser: sacerdote.

El 20 de enero de 1938 un legionario mata a dos sargentos. Voy corriendo y, todavía calientes, les doy la santa unción. El reo se entregó con toda tranquilidad, diciendo que eran asuntos personales.

Después voy y, sin la menor dificultad, se me abre el reo como no había visto a ninguno. Sabe que lo van a fusilar, que ésa es la justicia, que ya lo sabía

antes. Llora sobre mi crucifijo, pero se rehace repitiendo que no llora por miedo a la muerte. Le respondo en estilo legionario y le animo a ofrecer todo, incluso la publicidad, para escarmiento de otros. Me da sus encargos. Luego, apoyado en mi brazo, sin querer que le venden los ojos, pide que le dejen decir unas palabras. Fueron emocionantes, reconociendo su obcecación, su culpabilidad, su mal ejemplo. Con voz serena: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Legión! ¡Viva España! ¡Viva la muerte!». Y cae a la descarga. Desfile de los presentes. Les digo su encargo para todos: que pedía perdón del mal ejemplo y que moría como cristiano y español. Lo cierto es que había sido propuesto para varias recompensas por su valor. Según testigos, había sido castigado sin razón por un sargento, y, ciego de rabia, juró matarlo. Por la noche, al dejar su puesto de centinela, lo buscó en la trinchera; un tiro, y muerto. Pero al acercarse, comprueba que era otro. Lo busca de nuevo, y otro tiro en el corazón. Luego fue a entregarse al oficial con el arma. Dada la buena fama que tenía y bien merecida, este hecho causó mayor impresión : por ver a dónde se llega en un momento de pasión.

El 22 de febrero 1938 quedan cadáveres de los asaltantes rojos en la carretera, tierra de nadie. Decido ir a enterrarlos esta noche. Me ayudan los sanitarios y algún voluntario. Trabajo pesado y peligroso. Al final un padrenuestro por todos en actitud de respeto. Al día siguiente enterramos el cadáver de otro rojo, que trajeron ayer ya tarde.

El 19 de mayo de 1938 en la chabola de oficiales, estaban probando una pistola. Con gran imprevisión estaba cargada. Se dispara y cae un teniente que recibió la descarga a quemarropa. Todos acuden y ven la camisa quemada del fogonazo, pero la bala quedó incrustada en la medalla que le había puesto su madre al cuello.

El 23 de septiembre 1938 el teniente García Hernández estaba herido grave del pulmón derecho. Para la transfusión el capellán de Galicia le da hoy 200 gramos de sangre, a pesar de que ayer ya había dado 800 más.

El 13 de enero de 1939 está herido un barcelonés de 17 años. Asisto a la operación urgentísima y me quedo con él hasta que muere. En medio de sus dolores, fue impresionante su piedad, invocando a la Virgen de Montserrat. El 27 de marzo se presenta un legionario al comandante y señala a un hombre que trae de un brazo. Mi comandante, este hombre es el que mató a mi padre y a otros de mi familia. Nos quedamos mudos ante tal serenidad y espíritu de disciplina, pues lo pudo haber matado por su mano. Pero tuvo el aplomo de cumplir lo mandado y entregarlo a la autoridad para que lo juzgue. Hacía poco que se había pasado de la zona roja y había pedido la legión como el mejor

medio de limpiar la mancha de aquella sangre. Impresionó a todos y con razón. Su ejemplo sirvió para muchos.

EL LEGIONARIO Y LAS 3 AVEMARÍAS

Ocurrió también en la guerra civil española. Un legionario rezaba todas las noches tres avemarías delante de sus compañeros. Éstos le decían: *Tú dices que eres ateo y, sin embargo, rezas todos los días a la Virgen tres Avemarías. ¿Por qué?* Y él contestaba: *Mi madre antes de morir me hizo prometerle que todos los días rezaría tres Avemarías a la Virgen y yo soy un hombre de palabra y lo cumplo.* Una noche, a las dos de la mañana, se fue a ver al capellán del batallón y le dijo: *Padre, presiento que voy a morir y necesito confesarme.* Se confesó y con la conciencia tranquila se fue a dormir. Al día siguiente, una bala le traspasó el corazón. Las tres Avemarías le habían obtenido de María la gracia de la conversión ²⁵.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

Cuando en la guerra civil los rojos se apoderaron de Toledo el 23 de julio de 1936, comenzaron los incendios, saqueos y asesinatos de gente de derechas. En dos meses el Frente Popular asesinó a 107 sacerdotes. Muchos milicianos salían a las calles, haciendo mofa de las cosas sagradas y vestidos con ornamentos sagrados o ciñendo la mitra en su frente o con bonetes de sacerdotes, profiriendo palabras obscenas y blasfemas.

El coronel Moscardó se encerró en el Alcázar con algunos guardias civiles y paisanos en unión con sus familiares. Había 1.100 hombres dispuestos a combatir, de los que 750 eran guardias civiles. Con los combatientes se encerraron 328 mujeres y 210 niños, familiares de los militares. En total, con algunos rehenes, eran unos 1654 personas. Había algunos víveres, pero para tanta gente pronto escasearon. Felizmente en el Alcázar había 97 caballos y 27 mulas. Al principio mataban cuatro caballos cada día, pero viendo que el asedio podía ir para largo, redujeron la ración y solo mataron dos caballos diarios. El 3 de agosto hicieron una salida y pudieron transportar 23 sacos de trigo de 90 kilos cada uno. Y así hicieron en otras ocasiones, saliendo por las noches para evitar las avanzadillas rojas y poder conseguir algunos víveres. Gracias a Dios pronto su situación fue conocida en el exterior y enviaron algunos aviones que les proveyeron de municiones y víveres. Sin embargo, el hambre no faltaba en ocasiones y tuvieron mucho que sufrir por ello.

²⁵ Robles y Figares, *Año mariano, presencia de María en la vida de los hombres*, 1958.

No tenían capellán y las mujeres se dedicaban a rezar, a ayudar a los heridos y a cocinar. Había cinco religiosas y ellas se dedicaron a cuidar a los heridos y enfermos. Algunos hablaron después de la liberación de cómo la providencia de Dios los ayudó. Dice un testigo: *Fue un milagro que encontráramos unos depósitos de alimentos en una casa cercana con mil sacos de trigo*. Además tuvimos que trasvasar el agua del aljibe para cerciorarnos que no nos faltaría. Fue un milagro que en ese ambiente, saturado de trilita y gases de las bombas, no murió ninguna mujer o niño durante el asedio. Solo murieron dos mujeres ancianas de más de 70 años de muerte natural. El mismo coronel Moscardó relató que, estando un día reunido con su Estado mayor, les tiraron un obús de 15,5 y quedo destrozado el gabinete, mientras que los presentes resultaron ilesos. Uno de los días, un avión arrojó una bomba de las de 50 kilos en el lugar de la Falange sin haber hecho explosión. Otra bomba cayó en el alojamiento de la Escuela Central de Gimnasia y quedó también sin explotar, a pesar de tener la espoleta puesta. Y el falangista Obdulio Gómez refiere que entraron tres proyectiles de gran tamaño en la habitación donde dormían dos niñas sin haberles hecho daño ²⁶.

Una tarde cayeron dos grandes piedras de cantería de dos metros cúbicos a través de las claraboyas del sótano en un sitio lleno de gente sin que hubiera un solo lesionado. Este suceso sirvió para reconocer la especial providencia de Dios sobre el lugar.

El 22 de agosto de 1936 recibieron por primera vez un avión nacional que les arrojó noticias y víveres. Estuvieron contentos, porque Franco les envió un mensaje de ánimo que decía: *A los bravos defensores del Alcázar de Toledo. Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. Pronto llegaremos a esa. Mientras, resistid a toda costa que os iremos llevando los pequeños socorros que podemos ¡Viva España! El general Franco Bahamonde, 22 de agosto de 1936.*

Algunos días los rojos enviaron parlamentarios para pedirles la rendición. Uno de estos parlamentarios fue el sacerdote Enrique Vázquez Camarasa, que también les habló de la rendición, pero aprovechó para confesar y celebrarles misa. Se organizó una procesión y llevaron la comunión a los enfermos y heridos, entonando el canto *Cantemos al Amor de los Amores*.

Uno de los momentos más graves que pasaron, además de los bombardeos y los continuos obuses de la artillería y de los morteros, fue cuando colocaron dos minas de 2.500 kilos cada una. Para hacer las galerías subterráneos habían

²⁶ Risco Alberto, *La epopeya del Alcázar de Toledo*, impreso por Amazon, pp. 50-53.

traído mineros especializados desde Asturias. Explotaron el 18 de agosto. Y fue tan grande el impacto que cayeron muchos cristales de las casas vecinas, incluidas las artísticas vidrieras de la catedral. Fueron afectadas muchas viviendas, además del derrumbe de una parte del edificio del Alcázar. Para darse cuenta de la gravedad de las dos explosiones, digamos que un camión cayó en el tejado de una casa lejana y otro voló por los aires y se rompió en varios trozos, descendiendo sobre los claustros del convento de Santo Domingo el Real y se empotró en el suelo, deshaciendo las baldosas de granito.

Ninguna mujer del Alcázar quedó herida, solo un niño que jugaba a los pies de la imagen de la Virgen, fue herido en un brazo sin mayores consecuencias.

A continuación, los milicianos comenzaron un asalto con miles de hombres, creyendo que ya estaban todos o muertos o heridos o simplemente sin capacidad de luchar, pero fueron rechazados una vez más. Al anochecer echaron cuentas: Habían muerto 13 defensores y 40 quedaron heridos. Los rojos se habían retirado vencidos y habían dejado 220 cadáveres de milicianos. En los días siguientes siguieron los intentos de asalto pero fueron también rechazados. El 27 de septiembre explotaron otra mina, colocada en las alcantarillas, con una potencia de más de 5.000 kilos, más que las dos anteriores juntas. Hizo un cráter de 30 metros de diámetro por ocho de profundidad y también sin ninguna víctima.

Ese día 27 de septiembre tuvieron lugar los últimos combates en Toledo, con las tropas nacionales. Los rojos tuvieron tres mil bajas, además de 1.200 milicianos que se entregaron.

El 28 de septiembre llegaron los nacionales al Alcázar al mando del general Varela. Los defensores esperaban en formación y Moscardó le dijo: *Mi general, sin novedad en el Alcázar*. Haciendo un resumen de los 70 días del asedio, digamos que de los 97 caballos y 27 mulas, quedó un caballo y cinco mulas. De las 328 mujeres y 50 niños no murió ninguno por bajas de guerra, solo murieron 2 señoras de muerte natural, pues tenían más de 70 años.

De los 1050 combatientes (militares y civiles) murieron 82 y 430 quedaron heridos y contusos unos 150.

Para terminar, solo nos queda decir que el hecho de haber permanecido sin rendirse y rechazando los continuos asaltos de miles de soldados con armamento moderno de artillería, morteros, bombardeos aéreos, etc., es ciertamente un milagro de Dios o por decir lo menos, un hecho extraordinario donde se vio clara en distintos hechos la providencia de Dios sobre aquellos defensores, que

pusieron su vida en las manos de Dios por intercesión de la Virgen, a quien invocaban cada día con el rezo del rosario y a la que se habían consagrado junto con el coronel Moscardó para ser soldados de María. Y ella, la vencedora de mil batallas, los defendió hasta el último momento. Al preguntar al coronel Moscardó como habían podido vencer en lucha tan desigual, respondió: *Preguntádselo a María. Ella era la generala del Alcázar. Ella daba valor a nuestros corazones. Ella fue la que nos salvó.*

SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA

El Santuario de la Virgen de la Cabeza se encuentra a 33 kilómetros de Andújar (Jaén) y en 1936 un grupo de combatientes se hicieron fuertes rechazando a un gran número de milicianos rojos, que querían destruir el Santuario y tomar el control de los defensores.

Los defensores se ubicaron en dos lugares distintos. En el lugar de *Pueblo Nuevo*, a 5 kilómetros del Santuario, quedaron 65 guardias civiles con un sacerdote y cinco falangistas y varios familiares de los combatientes. En total eran 200 personas. En el Santuario estaban 152 guardias civiles y 30 falangistas y un total de 949 mujeres y niños. En total con un pequeño grupo de rehenes hacían un grupo de unas 1.150 personas. Pronto comenzaron los problemas de abastecimiento, porque dar de comer a tantas personas diariamente y sin ayuda del exterior era como morir de inanición. Tuvieron que hacer salidas al exterior, exponiendo sus vidas, ya que estaban cercados por los milicianos. Tenían que pasar de noche las avanzadillas rojas e ir a la Sierra donde a veces conseguían rebaños de cabras u otros animales. En ocasiones tuvieron que hacer incursiones a una casa cercana al Santuario. Incluso, cuando comenzó a llegar ayuda por aviones nacionales, no se podían abastecer debidamente por tanta gente que había dentro del Santuario.

Precisamente ese fue uno de los milagros más claros de la providencia de Dios: el haber podido permanecer sin morir más de ocho meses encerrados ante la avalancha permanente de bombardeos de aviones enemigos, de poderosa artillería, incluso de tanques de fabricación rusa y por supuesto de un número de atacantes unas 15 veces superior. Incluso al final, cuando tuvieron que rendirse, los atacaron con un grupo de unos 10.000 hombres con toda clase de medios militares, participando incluso unidades de las Brigadas internacionales. Solamente quedaban 38 ilesos y un grupo de heridos, pero por gracia de Dios en todo el tiempo del asedio no murió ninguna mujer o niño. Nacieron 20 niños sanos a pesar de no tener más que un estudiante de medicina, que tuvo que hacer amputaciones y operaciones para sacar la metralla, se pudo seguir rechazando al enemigo durante más de ocho meses, lo que es un milagro palpable de Dios

como se vio con algunos otros detalles en los que eran ayudados sorprendentemente.

Por ejemplo, estaban preocupados por el agua que salía de un pozo. Y sucedió que en uno de los bombardeos de la aviación enemiga una bomba cayó en la cima del cerro a unos 300 metros de la ermita. Hizo un hueco tan profundo que de él salió un pequeño manantial de agua cristalina con lo que se solucionó el problema.

Con frecuencia tuvieron que llegar a comer hierbas silvestres, pero sucedió que algunos comieron hierbas venenosas y quedaron intoxicados. A veces tenían que buscar madroños para alimentarse, pero pronto se agotaron, porque también los pájaros se los comían. Un día, en una salida, consiguieron 400 cabezas de ganado. Sin embargo otro día, ante tantos bombardeos y fuego de morteros y artillería, se escaparon sin poder recuperarlas 30 vacas.

La situación se fue haciendo insostenible y los que estaban en el puesto de *Pueblo Nuevo* tuvieron que ser evacuados al Santuario. Felizmente esa noche fue tan tormentosa que pudieron pasar las avanzadillas rojas sin ser detectados.

Pero cada día la situación se hacía más difícil de soportar a pesar de que tenían comunicación con los nacionales por medio de palomas mensajeras, pero no había posibilidad de que vinieran a liberarlos. Cortés les decía: *El Santuario muere, pero no se rinde*. Los rojos les enviaron varios mensajeros para pedirles la rendición o al menos que dejaran salir a las mujeres y a los niños. Hasta la Cruz roja intervino para liberar a las mujeres y a los niños. Sin embargo, cuando Cortés les preguntó quiénes querían salir y que él les ayudaría y protegería, ninguna mujer quiso hacerlo, sobre todo si tenían allí a su esposo combatiente.

El jefe de los defensores era el capitán Cortes, que hasta el último momento mantuvo en alto la moral de todos. Durante los últimos 15 días de asedio, se destacó el sacerdote Adoración Reyes Paz, ya que en todo momento y cuando el combate era más intenso, con gran peligro de su vida, recorría los lugares de la lucha y retiraba a los heridos. Así como también los cadáveres, que con su propio esfuerzo cargaba sobre sus espaldas y los llevaba a darles sepultura. La resistencia ante unos 10.000 enemigos era sin descanso. Estaban sin dormir, casi sin comer, agotados por el esfuerzo y seguían rechazando al enemigo, hasta el 1 de mayo de 1937.

Ese día a las 12 del mediodía los rojos entraron sin encontrar resistencia. Un obús de artillería había alcanzado al capitán Cortés, cayendo gravemente herido. Al verse sin jefe y, abrumados por la cantidad de enemigos, se rindieron.

Un vez rendido el campamento, siguieron oyéndose disparos de fusil, que los soldados rojos realizaban contra hombres indefensos, hechos ya prisioneros, que caían vilmente asesinados. Dice un testigo: *Yo pude salvar la vida por intervención de un sargento del ejército rojo, al que estaré eternamente agradecido. Al ver que un soldado suyo se disponía a arrojarme una bomba de mano, se situó rápidamente a mi lado y recriminó su conducta* ²⁷.

Nos despojaron de nuestros relojes y sortijas de casados. A las mujeres que les veían algún crucifijo o medalla, se la arrebatában y con gestos de enorme odio las arrojaban al suelo con improperios. Una vez desahogada su colera antirreligiosa, observaban si el adorno era de oro o de plata y se lo guardaban en el bolsillo. El comandante rojo mandó reunir a los prisioneros en la plazoleta del Santuario. Solo pudieron hacerlo 38. El resto eran cadáveres y otros estaban heridos y no podían mantenerse en pie. *Yo (dice el autor del libro) era uno de ellos. Un alto jefe, al ver el número tan reducido de prisioneros, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: Con mil hombres como estos, tomo yo Zaragoza.*

En resumen, el asedio del Santuario duró más de ocho meses. Durante todo este tiempo, realmente fueron unos héroes los defensores. Tuvieron mucho que sufrir por falta de alimentos y de armamento. Mientras que los enemigos tenían a su disposición fusiles modernos, morteros, artillería pesada y pudieron bombardear a su gusto con aviones el Santuario, que quedó reducido a escombros. Los defensores tenían muy pocos combatientes y pocas armas y municiones. La desproporción de medios y hombres era tan grande que la defensa durante tanto tiempo fue una verdadera heroicidad o, por decirlo mejor, una epopeya digna de tenerse en cuenta en los anales de la historia de España para ejemplo de las generaciones venideras.

Mientras que las mujeres y los niños fueron llevados al pueblo *Viso del Marqués* en la provincia de Ciudad Real, los defensores fueron hechos prisioneros en distintos lugares y empleados con otros prisioneros del bando nacional en trabajos de construcción de carreteras, trincheras y otras obras, alojados en barracones con mala comida y pasando penurias. En alguna oportunidad grupos comunistas intentaron apoderarse de los presos para matarlos.

En Gandía (Valencia) fueron empleados en hacer refugios. En ese lugar uno de los jefes de la cárcel se jugó la vida para hacerles la vida más llevadera. Los prisioneros heridos del Santuario fueron llevados a un hospital y algunos pudieron así ser salvados de una muerte cierta. Y solo con la rendición de

²⁷ Joaquín Ballesteros, Memorias de un combatiente en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, Onagro Ed., Zaragoza, 2021, pp. 105-107.

Madrid, el 28 de marzo de 1939 y la declaración de la victoria y el fin de la guerra por Franco el 1 de abril de ese año, todos pudieron salir en libertad.

En total, hubo 139 muertos de los defensores del Santuario y 128 heridos. Murió el sacerdote Adoración Reyes Paz. Pero la gesta militar que entre todos realizaron, quedó grabada para siempre en sus vidas y en el corazón de todos los buenos españoles, ya que dieron su vida en defensa de su fe, luchando contra los enemigos de la patria, que querían convertir a España en un país comunista bajo la dictadura de Rusia, eliminando la fe católica para siempre.

CONCLUSIÓN

Después de leer las anotaciones precedentes, podemos levantar los ojos al cielo y agradecer a nuestros hermanos mártires que nos precedieron y entregaron su vida por Dios y por España. Muchos de ellos han sido o serán beatificados. Otros muchísimos no lo serán nunca, pero lo importante es que a los ojos de Dios, aunque murieran jóvenes cumplieron su misión dando ejemplo de valor y de fe para las generaciones futuras.

Es hermoso pensar que Dios ve las cosas desde otro punto de vista a como lo ven muchas personas desde una perspectiva meramente humana. En el caso de los mártires, parecen ser los vencidos, pero en realidad son los verdaderos vencedores. Dios les dio la oportunidad de ser mártires para conseguir el cielo de inmediato y una gloria eterna extraordinaria, mucho mayor de la que hubieran tenido de haber vivido una vida normal durante muchos años.

Dios permite muchas cosas aparentemente desagradables o dolorosas, pero todo lo hace por nuestro bien (Rom 8, 28). Él nunca hará nada para hacernos daño. Él quiere lo mejor para cada uno de nosotros. Y lo mejor es nuestra santificación de cara a la eternidad que nos espera, donde tendremos un premio especial por haber dado ejemplo de fe y de valor y haber sido capaces de entregar la vida por amor a Dios.

Que el ejemplo de los mártires nos estimule para vivir nuestra fe de verdad, tomándola en serio, conociéndola bien y sabiendo compartirla con todos. La fe es el mejor tesoro que poseemos de cara a la eternidad. No la despreciemos, no nos avergoncemos de ella, sino más bien seamos ejemplo para otros y con nuestras oraciones y sufrimientos, oremos permanentemente por la salvación de los demás, especialmente por los alejados de Dios y por los que no creen, en especial de nuestra familia y de aquellos que de alguna manera Dios nos ha encomendado.

Que Dios los bendiga por medio de María.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaya Camacho José Luis, *Como un río de fuego. La persecución religiosa en Madrid en 1936*, Ed. Rialp, 2017.
- Arrarás Iribarren Joaquín (1898-1975), *Historia de la Cruzada española* (1938) obra en 8 volúmenes, 1939.
- Arrarás Iribarren Joaquín, *Historia de la segunda República española* (en volúmenes), 1970.
- Caballero José, *Diario de campaña de un capellán legionario*, Ed. Almuzara, 2019.
- Cárcel Orti Vicente, *La persecución religiosa en España durante la segunda República (1931-1939)*, Ed. Rialp, 1990.
- De Castro Albarrán Aniceto, *La gran víctima, la Iglesia española, mártir de la revolución roja*.
- Díaz Villanueva Fernando, *Historia criminal del comunismo*, 2017.
- Gil Imirizaldu Plácido María, *Iban a la muerte como a una fiesta*, Ed. Encuentro, 2019.
- Guijarro José Francisco, *Persecución religiosa y guerra civil*, Ed. Esfera de los libros, 2006.
- Joaquín Ballesteros, *Memorias de un combatiente en el Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Onagro Ed., Zaragoza, 2021.
- López Teutón Jorge, *Inspirados por Satanás*, Ed. San Román, Madrid, 2022.
- Martínez Puche José Antonio, *Mártires dominicos españoles, 1936*, Ed. Edibesa, Madrid, 2007.
- Montero Moreno Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España*, BAC, Madrid, 2004.
- Peiró Francisco, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1951.
- Piñar Blas, *El alcázar no se rinde*, Ed Esfera de los libros, 2011
- Regina García, *Yo he sido marxista*, Madrid, 1946.
- Santiago Mata, *Holocausto católico, los mártires de la guerra civil*, Ed. La esfera de los libros, 2013.
- Varios, *El libro negro del comunismo*, Ed. Arzalia, Madrid, 2021.

